

NOVELA Y FILOSOFIA:
EL TUNEL
EN EL CONTEXTO FILOSOFICO

CARLOS PRADO

El Túnel, novela del argentino Ernesto Sábato, publicada en 1948, no es primordialmente una novela social que denuncie la alienación del hombre en una sociedad, como sería el caso de *Un mundo feliz*, ni deduciremos de ella algo así como un diagnóstico para nuestra época. Sábato buscó en esta novela corta, de escasos personajes —sólo dos personajes principales— y con el entramamiento de éstos, presentarnos un planteamiento y una respuesta metafísicos. Esta novela, en que la descripción de los personajes y el ambiente es casi nula y aún la psicología juega un papel no muy relevante, es una novela de *situación o existencial*. De *El Túnel* entresacamos una analítica existencial en que las categorías espacio-tiempo (subjetivos), ser-para-otro, situaciones-límites, ser-para-la-muerte, afectividad, tienen la máxima relevancia. Jorge García-Gómez nos dice:

Según Mallea, la fase actual por la que atraviesa la novela es "la de la tragedia y la del conocimiento", "la de los mejores entre los modernos, la fase de Unamuno, la de Kafka". Sostiene el escritor argentino en Notas de un novelista que "la novela por fin está directamente enfrentada con el problema del destino humano" y que deberá necesariamente llegar "a la expresión fundamental, completa, mística, expuesta en su pleno relieve, de una criatura viviente, sufriente, preocupa-

*da, pensante (atención, por primera vez, ante todo preocupada y pensante) cuyo dolor, peligro, hallazgos e incertidumbre le han hecho grande en un mundo amenazadoramente empequeñecido". La referencia a esta criatura con tales rasgos distintivos es la que aparece, entonces, en la literatura que se ha llamado "de las situaciones-límites", término acuñado, como sabemos, por Jaspers. Y esta literatura tenía que surgir necesariamente sólo ahora, en nuestra época, en las situaciones-extremas de la muerte, la soledad, el desamparo, la temporalidad, etc., aparecen constituyentes del existir mismo, no como meros aditamentos externos y extraños*¹.

Con la metafísica tendremos una comprensión histórica del hombre y si en primera instancia *El Túnel* no se preocupa por darnos un marco de referencia para la sociedad y sus problemas con el individuo, penetrando más allá de lo novelístico, tendremos una respuesta cabal para los problemas que buscamos (socio-históricos y metafísicos). La metafísica también se alimenta de la historia y una metafísica abstractiva que no haga referencia a una situación humana determinada no tiene validez. Es así como *El Túnel*, que entendemos como una hermenéutica existencial, es también hijo legítimo de nuestra coyuntura histórica con sus problemas ineludibles.

La creación artística es rebelión (sinónimo de trascendencia). Hacer metafísica es

trascender la realidad, no como un acto aislado, simplemente mental, no comprometido, sino como un *acto de rebelión*. Por este motivo *El Túnel*, con su sencillez temática nos quiere dar una ontología que conduzca a la revolución, al cambio. No en balde el idealista Platón buscó fundar un nuevo sistema social.

La rebelión de Castel en primera instancia nos parece negativa:

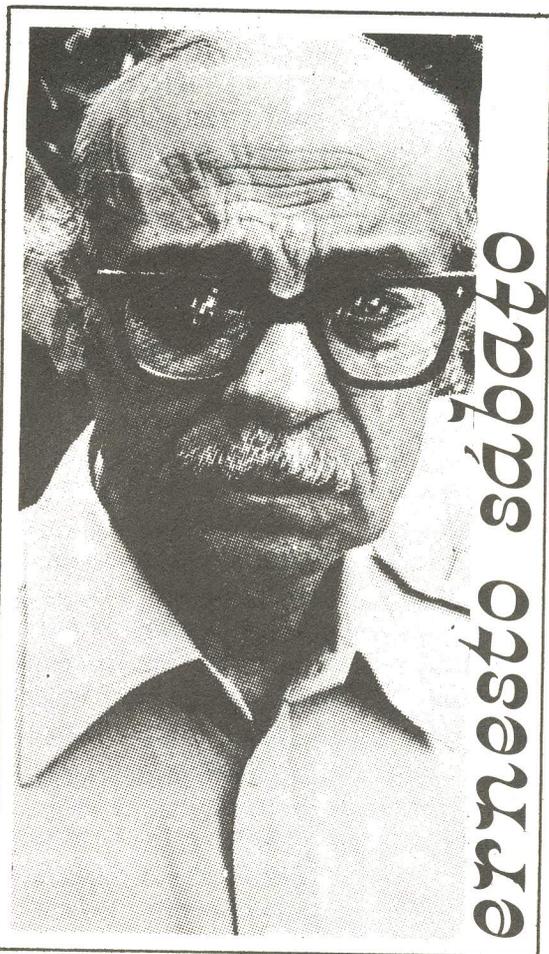
Yo, por ejemplo, me caracterizo por recordar preferentemente los hechos malos, y así, casi podría decir que "todo tiempo pasado fue peor", si no fuera porque el presente me parece tan horrible como el pasado; recuerdo tantas calamidades, tantos rostros cínicos y crueles, tantas malas acciones, que la memoria es para mí como la temerosa luz que alumbró un sórdido museo de la vergüenza².

El sentido de la existencia para nuestro personaje se vuelve más claro al encontrar a María, y su rebelión iría a desembocar en una transformación de comunión si ella no le hubiera engañado. La novela no nos da una solución, nos dice el fin de una búsqueda y queda la expectativa de si Juan se rehabilitaría al quedar de nuevo solo.

La creación por parte del autor o la vida que adquieren sus personajes, en ambos casos, implica algún tipo de fe; y no existe el fatalismo radical en quien sólo apela a sus actos (el supuesto caso de Juan Pablo). El nihilismo es el paso previo a la creación, a la rebelión.

Camus nos habla sobre la rebelión total (ontológica) en su libro *El hombre rebelde* de la siguiente manera:

Por confusamente que sea, una toma de conciencia nace del movimiento de rebelión: la percepción, con frecuencia evidente, que hay en el hombre algo con lo que el hombre puede identificarse, al menos por un



tiempo. Esta identificación no era sentida realmente hasta ahora. El esclavo sufría todas las exacciones anteriores al movimiento de rebelión. Y hasta con frecuencia había recibido sin reaccionar órdenes más indignantes que la que provoca su negativa. Era con ellas paciente; las rechazaba, quizá en sí mismo, pero puesto que callaba, era más cuidadoso de su interés inmediato que consciente todavía de su derecho. Con la pérdida de la paciencia con la impaciencia, comienza, por el contrario, un movimiento que puede extenderse a todo lo que era aceptado anteriormente. Ese impulso es casi retroactivo. El esclavo, en el instante en que rechaza la orden humillante de su superior, rechaza al mismo tiempo el estado de esclavo. El movimiento de rebelión lo lleva más allá de donde estaba en la simple negación. Inclusive rebasa

el límite que fijaba a su adversario, y ahora pide que se le trate como igual. Lo que era al principio una resistencia irreductible del hombre, se convierte en el hombre entero que se identifica con ella y se resume en ella. Esa parte de sí mismo que quería hacer respetar la pone entonces por encima de los demás y la proclama preferible a todo, inclusive a la vida. Se convierte para él en el bien supremo. Instalado anteriormente en un convenio, el esclavo se arroja de un golpe ("puesto que es así. . .") al Todo o Nada. La conciencia nace con la rebelión ³.

Prometeo, Sísifo, Espartaco, Guillermo Tell, Giordano Bruno y muchos más, son ejemplos patentes de la rebelión que caracteriza al ser humano en sus momentos de resistencia o decisión ontológica, el reconocimiento de ser algo más que un simple azar en el proceso histórico; el no dejarse opacar por la historia que no se sabe a sí misma, pero sí el hombre que puede cambiar el rumbo amorfo de la avalancha temporal.

La rebelión metafísica (toda su historia desde Parménides a Hegel es testimonio) se nos presenta como el resultado del afán por la verdad que nunca se agotará con el tiempo, pero sí es un anticipo de ésta, la libertad y el uso que el hombre haga de ella en el Bien. La disyuntiva vital: el ser o la nada es el juego de la vida y que nos recuerda la apuesta de Pascal, pues no nos queda más que apostar, aunque el resultado sea incierto.

Tanto la rebelión metafísica (cuyo resultado no es ostensible), como la rebelión concreta, histórica, que va desde Espartaco a la revolución marxista, tienen ambas, como factor común, la fe en la dignidad humana. Según Camus:

La rebelión metafísica es el movimiento por el cual un hombre se alza contra su situación y la creación entera. Es metafísica porque discute los fi-

nes del hombre y de la creación. El esclavo protesta contra la situación que se le crea como hombre. El esclavo rebelde afirma que en él hay algo que no acepta la manera como le trata su amo; el rebelde metafísico se declara frustrado por la creación. Para el uno y el otro no se trata únicamente de una negación pura y simple. En ambos casos, en efecto, encontramos un juicio de valor en nombre del cual el rebelde niega su aprobación a la situación que le es propia ⁴.

Para Sábato, la lucha contra la enajenación (cualidad ontológica) es la condición humana por excelencia. La rebelión, lo mismo que en Camus, tiene su epígrafe en la frase de Hamlet: "ser o no ser", que no constituye al modo darwinista una lucha por la sobrevivencia, una rebelión contra la muerte biológica. Camus y Sábato tienen de frente el tan difícil dilema de una esencia humana, de una condición humana fundamental, situación que nos hermana a todos y que instituye al hombre en algo más que un sistema respiratorio-ambulatorio.

Si el existencialismo de Camus y de Sartre encara el absurdo (aspecto que en Sábato no es extraño), no obstante para el argentino la existencialidad del hombre no queda rubricada, totalmente, en el *sin sentido* de la existencia, más bien busca una solución a la antinomia existencial de un Berdiaeff, para quien el *Mal* no se soluciona en el mundo, no por no existir el *Bien*, sino porque el sentido de la historia no es inmanente sino trascendente, o de Sartre y Camus, para quienes no existe trascendencia o apertura religiosa.

El siguiente texto de Sábato nos hace recordar a Tolstói, quien fue un trabajador incansable en la búsqueda del sentido de la existencia:

No podemos preguntar, sin embargo, si frente al dilema Berdiaeff-Sartre no hay salida. Si forzosamente hay que pronunciarse por Dios o por

la desesperación.

Creo que el enigma empieza a ser menos enigmático si invertimos la cuestión: no preguntar cómo es posible que se luche cuando el mundo parece no tener sentido y cuando la muerte parece ser el fin total de la vida; sino, al revés, sospechar que el mundo debe de tener un sentido, puesto que luchamos, puesto que a pesar de toda la sinrazón seguimos actuando y viviendo, construyendo puentes y obras de arte, organizando tareas para muchas generaciones posteriores a nuestra muerte, meramente viviendo. Pues, ¿no será acaso que nuestro instinto es más penetrante que nuestra razón, esa razón que nos descorazona constantemente y que tiende a volvernos escépticos? Los escépticos no luchan y en rigor deberían matarse o dejarse morir en medio de una absoluta indiferencia. Y sin embargo la enorme mayoría de los seres humanos no se dejan morir ni se matan y siguen trabajando enérgicamente como hormigas que por delante tuvieran la eternidad.

Eso sí que es grande. ¿Qué valor tendría si trabajásemos y viviéramos entusiasmados si supiéramos que nos espera la eternidad? Lo maravilloso es que lo hagamos a pesar de que nuestra razón nos desilusione permanentemente. Como es digno de maravilla que las sinfonías y los cuadros y las teorías no estén hechos por hombres perfectos sino por pobres seres de carne y hueso.

Un atardecer de 1947, mientras iba caminando de una aldea de Italia a la obra, vi a un hombrecito inclinado sobre su tierra, trabajando todavía afanosamente, casi sin luz. Su tierra labrada renacía a la vida. Al borde del camino se veía todavía un tanque retorcido y arrumbado. Pensé qué admirable es a pesar de todo el hombre, esa cosa tan pequeña y transitoria, tan reiteradamente aplastada por terremotos y guerras, tan cruelmente puesta a

prueba por incendios y naufragios y pestes y muertes de hijos y padres ⁵.

Sábato, lo mismo que el personaje Levin en el epílogo de *Ana Karenina*, no puede dilucidar racionalmente la verdad, porque no existe ninguna idea simplemente racional que posea la consistencia del ser o, dicho de otro modo, que no tenga su antípoda, como lo prueba Kant en las antinomias. Sábato, por no aferrarse al absurdo de Camus-Sartre o a la creencia religiosa existencial de Berdiaeff, buscará en el acto humano una dirección, un sentido, que apunta a algo sin saber a ciencia cierta si es Dios o el absurdo. En este sentido, Sábato no ahondó en el asunto, pues lo mismo que para Kant, la razón del hombre no traspasa la frontera del fenómeno.

En la novela existencial, el tema del conocimiento (comunicación intersubjetiva y conocimiento del sujeto a una cosa) es relevante, pues el conocimiento es previo al acto y la mundanidad es un "mundo" de referencias; la conciencia es esencialmente intencional y dialéctica.

En *El Túnel* nuestro personaje se nos presenta principalmente como una conciencia (de ahí el aspecto gnoseológico de esta novela y su parentesco con *La Náusea* que se origina en la aprehensión por una conciencia pura de un mundo repelente que causará en ella la náusea y que le hará perder esa pureza ontológica y trascendental a que aspiraron Descartes y Kant). Conciencia temporal-espacial por supuesto y que sufre y se desespera, pero primordialmente conciencia referente.

La mundanidad o ser-en-el-mundo de Juan Pablo es patente. Veamos un ejemplo:

Yo nunca iba a salones de pintura. Puede parecer muy extraña esta actitud en un pintor, pero en realidad tiene explicación y tengo la certeza de que si me decidiese a darla todo el mundo me daría la razón. Bueno, quizá exagero al decir "todo el mundo".

No, seguramente exagero. La experiencia me ha demostrado que lo que a mí me parece claro y evidente casi nunca lo es para el resto de mis semejantes. Estoy tan quemado que ahora vacilo mil veces antes de ponerme a justificar o explicar una actitud mía y, casi siempre, termino por encerrarme en mí mismo y no abrir la boca ⁶.

A través de toda la novela se nos presenta claramente la tesis, primero que entre el personaje y el mundo (cosas y personas) existe una polaridad que debe ser mediaticada a través de la *verdad*, pero la “verdad” para mí asumida como ser portador de *libertad*, que dentro del contexto existencial sólo es posible venciendo el obstáculo: Del Túnel:

Había sin embargo, dos posibilidades favorables y me aferré a ellas con desesperación. Llegué a mi casa con una mezcla de sentimientos: Por un lado, cada vez que pensaba en la frase que ella había dicho (“La recuerdo constantemente”), mi corazón latía con violencia y sentí que se me abría una oscura pero vasta y poderosa perspectiva; intuí que una gran fuerza, hasta ese momento dormida, se desencadenaría en mí. Por otro lado imaginé que podía pasar mucho tiempo antes de volver a encontrarla. Era necesario encontrarla. Me encontré diciendo en alta voz, varias veces: “¡Es necesario, es necesario!” ⁷.

Segundo, en la narración esa “verdad” toma su mayor profundidad cuando es individual, aunque no se nieguen otras individualidades y libertades. Se reconocen implícitamente otras subjetividades, pero la que importa es la propia, la de Castel. De ahí:

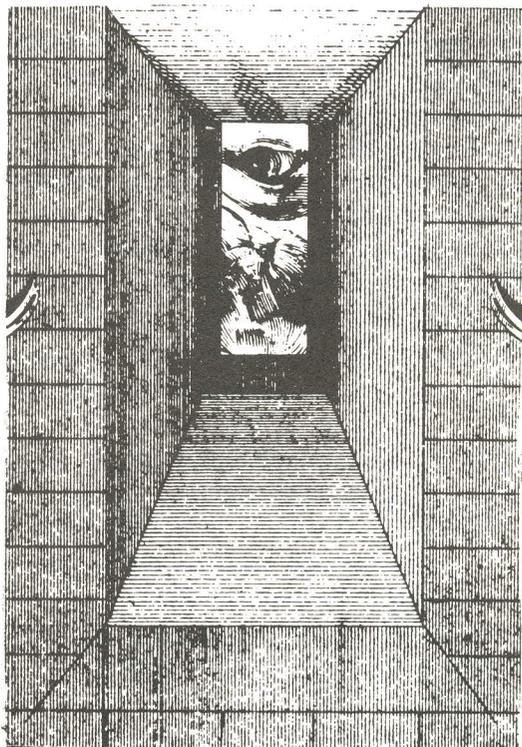
Como decía, me llamo Juan Pablo Castel. Podrán preguntarse qué me mueve a escribir la historia de mi crimen (no sé si ya dije que voy a relatar mi crimen) y, sobre todo, a buscar un

editor.

Conozco bastante bien el alma humana para prever que pensarán en la vanidad. Piensen lo que quieran: me importa un bledo; hace rato que me importa un bledo la opinión y la justicia de los hombres ⁸.

La verdad para nuestro personaje es *verdad* de mi representación del mundo, pues esta última no es para el sujeto un concepto sino una *vivencia*. Por consiguiente, tenemos la verdad que se sabe y la que se vive, ésta es la que importa en nuestro contexto, y que se deriva de mi representación del mundo. La *verdad existencial*, la verdad objetiva, no deriva de mi representación, sino de los atributos inalterables que pasan del objeto a los sujetos y que éstos se los representan en la misma forma. La verdad objetiva busca el *minimun* de alteración entre los sujetos; a la verdad subjetiva no le importa ser única y exclusiva en el universo.

La importancia para la filosofía y el arte de esta “verdad” se encuentra respaldada en los siguientes textos de Schopenhauer:



Después de largos siglos de filosofía objetiva, se ha descubierto que entre las muchas cosas que hacen del mundo un enigma digno de ser meditado, la primera y más inmediata es ésta: que por muy sólido y extenso que sea el mundo, su existencia pende, en cualquier momento, de un hilo: la conciencia, en la cual aparece ⁹.

Por lo tanto, todo mundo es mundo para una conciencia, el saber es saber subjetivo y es ilógico hablar de la realidad del mundo si no es dentro de un contexto *conciencial*.

La influencia kantiana en Schopenhauer y el aspecto titánico y demiúrgico de la novela existencial, en general, y de Juan Pablo, en especial, que le *pone* vida a lo que encuentra en torno, está patentizado por el poder centrífugo de la conciencia:

Intimamente unida a la existencia del mundo, le imprime, no obstante su realidad empírica, el sello de una idealidad trascendente, dejándole así reducido a la condición de puro fenómeno ¹⁰.

La temática de la realidad —la irrealidad del ser del hombre— sigue en su entorno mundano es muy filosófica (Platón y Segismundo en *La Vida es Sueño*), aunque no tan señalada en nuestra obra, es importante marcarla, pues Juan Pablo al principio cuestiona importantes cosas, por ejemplo: “Aunque ni el diablo sabe qué es lo que ha de recordar la gente, ni por qué”, “Que el mundo es horrible, es una verdad que no necesita de demostración” ¹¹.

Schopenhauer establece que para una conciencia la idealidad del mundo empírico y onírico es la misma:

De aquí que nos veamos forzados a atribuirle, por lo menos bajo un cierto aspecto, según parentesco con el ensueño, y aún a incluirse entre los de esta clase. Pues la misma función cere-

bral, que durante el ensueño hace aparecer de repente y como por ensalmo un mundo perfectamente objetivo, intuitivo y tangible, debe tener la misma parte en la representación del mundo objetivo que vemos cuando estamos despiertos. En efecto, estos dos mundos, aunque diferentes por su materia, están vaciados notoriamente en un mismo molde. Este molde es el intelecto, la función cerebral ¹².

El idealismo es dinamismo (de ahí el carácter dialéctico de la filosofía). De ahí el compromiso que adquiere el hombre con sólo pensar, aunque no realice nada actual. De ahí la seguridad de Hegel de la realización de la Idea, aunque la realidad externa se lo desmintiera. De ahí la grandeza y la conquista de Descartes con su máxima *cogito ergo sum*, aunque el mundo empírico nada ganará ni perderá con su descubrimiento. De ahí las antinomias, porque el mundo no prueba ni desapueba la realidad de la Idea. Para Schopenhauer la idealidad es el único presupuesto válido:

La verdadera filosofía debe ser idealista: es más, lo será si quiere ser sincera. Pues nada más cierto sino que nadie puede salir de sí mismo para identificarse directamente con las cosas que están fuera de él. Y todo lo que conoce cierta e inmediatamente está en su conciencia. Fuera de ésta, no puede haber certeza inmediata, y todos los primeros principios de una ciencia necesitan de esa certeza inmediata. Es conforme con el punto de vista empírico en que se colocan las demás ciencias el considerar el mundo objetivo como si existiese de una manera absoluta; pero la filosofía, que se remonta al origen primero de todas las cosas, no puede ni debe hacerlo. Sólo la conciencia nos es inmediatamente dada; de aquí que su fundamento está limitado a los hechos de conciencia, que es lo mismo que decir que es esencialmente idealista ¹³.

